

Globalización y atomización del terrorismo internacional: Panorama y contornos del terrorismo internacional

Dr. Alfonso Merlos García

Artículo originalmente publicado en la Revista Ejército de tierra español, número 837 extraordinario, diciembre de 2010.

ATRÁS HA QUEDADO el tiempo en el que la comunidad internacional entendía que el terrorismo se distinguía por una sucesión de manifestaciones aisladas de violencia con motivaciones políticas, que generaba simples “molestias tácticas” acotadas en el espacio y, en consecuencia, toleradas. El 11S aceleró el tránsito a un intento global de destrucción del orden establecido donde el objetivo no es una sociedad nacional concreta sino el conjunto de ese orden global existente. En consecuencia, hoy las tramas terroristas que operan a escala transnacional conforman una verdadera “amenaza estratégica” a la seguridad y las libertades.¹

Es un hecho indubitado que la mayoría de atentados que provocan gran número de víctimas están siendo perpetrados por organizaciones inspiradas por la religión (especialmente por la ideología yihadista), que se guían por el principio de “destrucción total” o, al menos, de “máxima destrucción”: violan cualquier restricción moral o legal de armas, tácticas u objetivos. Los únicos límites a la violencia son, cada día más, los que les impone a los entramados que la promueven tanto el armamento del que disponen como el entorno operativo en el que tienen posibilidades de éxito para la ejecución y el control de sus planes.

Es un hecho que Estados Unidos y sus aliados han asumido el “paradigma de guerra” para hacer frente al terrorismo internacional. Al hacerlo, no están contribuyendo a la inflación de las capacidades de destrucción de las organizaciones

violentas, siempre limitadas aún considerando sus ambiciones por dotarse de armamento NBQR o de conocimientos tecnológicos susceptibles de ser empleados en ciberataques capaces de paralizar infraestructuras medulares de naciones enteras.

Al promover estrategias contraterroristas fundamentadas en ese paradigma se apela, sin reservas y sin tregua, a la necesidad evidente de una movilización de todos los recursos materiales y humanos posibles para doblegar al enemigo; y a la inevitabilidad de acometer este proyecto de respuesta no solo desde una perspectiva militar sino desde el empleo de herramientas del poder político, diplomático e ideológico.

Quienes hoy lideran el combate global contra el terrorismo, tanto a nivel estatal como de organizaciones intergubernamentales y supranacionales no buscan el exterminio definitivo del adversario o una rendición al estilo de los conflictos tradicionales interestatales o intraestatales. Persiguen, en el más plausible o benévolo de los escenarios, una reducción de las capacidades de ese oponente de manera que los crímenes que impulsa puedan ser confrontados como un desafío crónico a la legalidad hasta un umbral mínimamente asumible, sin que suponga un riesgo incontrolable y crítico a la seguridad internacional.²

Contornos geopolíticos de la violencia a gran escala

El diseño de un mapa global del terrorismo permite observar con detenimiento que los choques de toda índole entre las fuerzas democráticas y las totalitarias se están generando, y así seguirá siendo, en un entorno crecientemente difuso y de desorden. Y que, por consiguiente, obligará a revisar y cambiar normas, procedimientos e

Doctor en Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales.

incluso, las más hondas doctrinas vinculadas al campo de la seguridad.³

En **Asia-Pacífico**, no solo se está apostando paulatinamente por el uso de las armas sino por la extensión del diálogo de culturas y civilizaciones como mecanismo de fondo para aplacar el discurso de grupos extremistas. La voluntad política de gobiernos como los de las Filipinas o Indonesia de cooperar multilateralmente, en un ámbito regional, está posibilitando la acumulación de capacidades y el levantamiento de instituciones necesarias para evitar que organizaciones como Lashkar e Taiba, Yemah Islamiyah o Abu Sayyaf exploten e instrumentalicen los agravios generados por las desigualdades de tipo social o económico.

Es en este contexto, con el impulso y el liderazgo de Australia, en el que Estados Unidos está insistiendo en el adiestramiento y equipamiento de unidades de acción locales, estableciendo alianzas estables entre poderes ejecutivos no solo para operar en tierra sino en el mar. El terrorismo marítimo se ceba hoy especialmente en el sudeste asiático, especialmente en estrechos como el de Malaca, que separa Indonesia de Malasia, tiene mil kilómetros de longitud y es atravesado por unos 50.000 barcos al año.

En **Norteamérica**, tanto Estados Unidos como Canadá siguen bajo la amenaza principal de células domésticas autoconformadas y de aquellas otras que funcionan como nodos (más o menos débiles, más o menos persistentes) de estructuras más vastas asentadas en Europa y Asia, de modo preferente en Paquistán y Afganistán.

El perfeccionamiento de la legislación desde los campos de responsabilidad política (tanto en las áreas genéricas de seguridad como en la específica de inmigración) se está emprendiendo al tiempo que los yihadistas están buscando compulsivamente el ataque contra infraestructuras vitales, como centrales eléctricas, instalaciones de gas o cuarteles policiales.

En **África**, de forma simultánea, estructuras más o menos consolidadas como al Qaeda en el Magreb Islámico están extendiendo sus tentáculos episódicamente hacia el Sur para colonizar, mediante acuerdos de oportunidad con elementos tribales, vastas regiones del Sahel, con persistencia en el territorio de estados como Mauritania, Mali o Níger.

Las conexiones entre facciones islamistas como Al Shabaab o Hizb ul Islam con milicias descontroladas están elevando la tensión de forma sistemática y, en consecuencia, el grado de la amenaza terrorista en la franja oriental del continente, donde se está dando una sólida convergencia con la piratería. Está empezando a formar parte del pasado la violencia marítima de actos ilegales de depredación y detención en aguas internacionales cometidos con fines exclusivamente crematísticos.⁴

De la filiación islamista a la que están apelando los agresores para legitimar sus asaltos contra embarcaciones civiles, se desprende que las acciones que se repiten en las costas de Somalia, Sudán, Eritrea, Tanzania o Yibouti no son meras operaciones de violación o robo; no están movidas, como la mayor parte de los delitos o los crímenes, por la codicia, la cólera o el simple deseo de respeto o posición dominante en un grupo; hay del lado de los violentos —como parte del plan para conseguir sus objetivos— un intento de cambiar las estructuras básicas de gobierno y de alterar equilibrios fundamentales del poder en los territorios de los estados desde los que se están lanzando las ofensivas.⁵

En **América Latina**, una minoría de gobiernos (a distinto ritmo y con diferente confianza) están profundizando en los intentos por mejorar sus capacidades contraterroristas, aún siendo conscientes de las dificultades para el control de fronteras, la debilidad institucional y los obstáculos de la más diversa índole para la cooperación transnacional. Hoy los resultados de esta acción son modestos en un subcontinente en el que Colombia y México capitanean el impulso de severas legislaciones antiterroristas y están implementando medidas vigorosas y agresivas para la captación de Inteligencia.

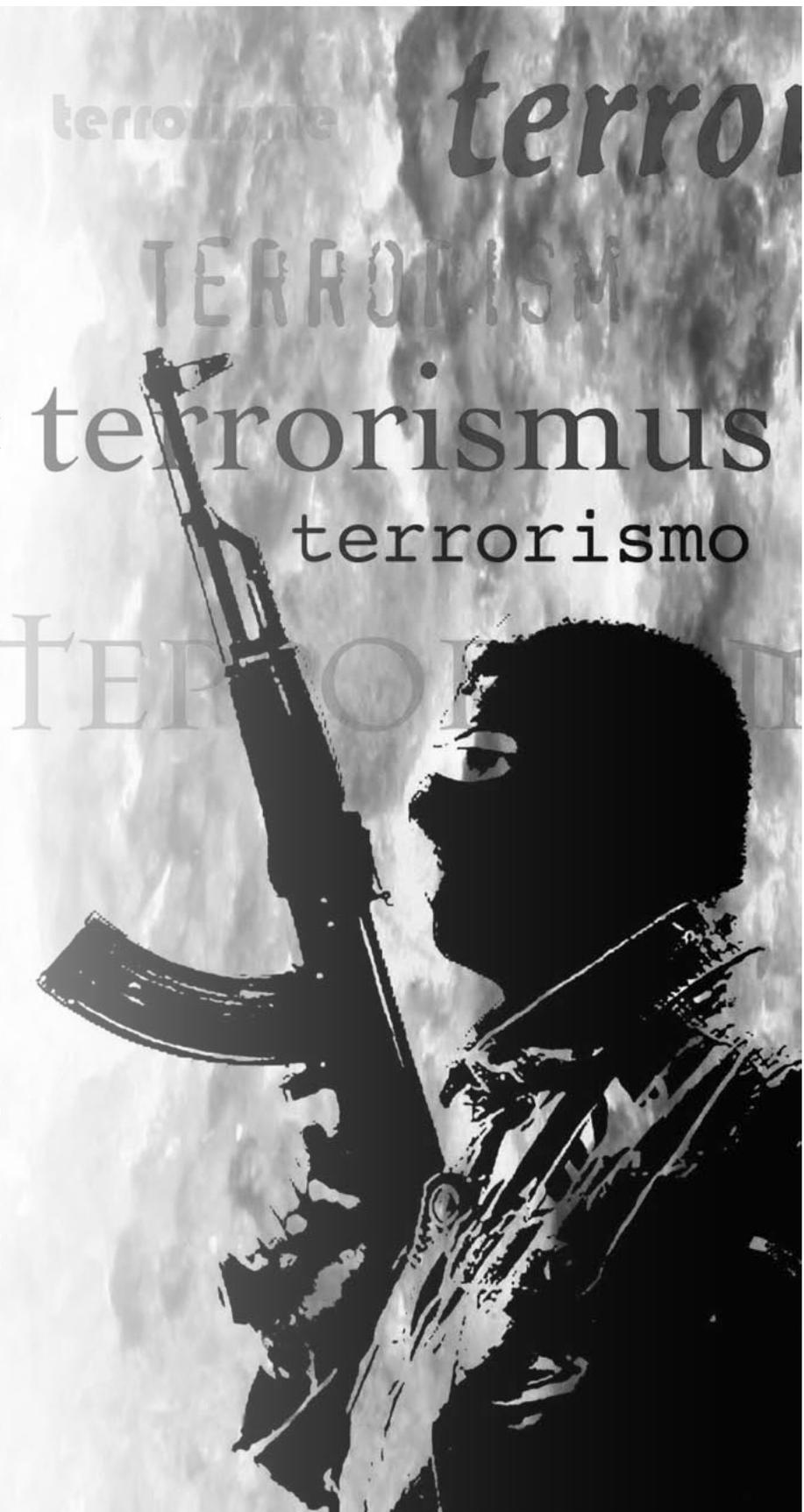
Las FARC y el ELN siguen revelando la inestabilidad exponencial que generan los vínculos del terrorismo con el narcotráfico y el crimen organizado. En el polo opuesto, Venezuela insiste en la construcción de un núcleo de poder que arrastra a Cuba, Bolivia, Nicaragua o Ecuador y que está propalando, por motivos principalmente ideológicos, acciones concretas de obstrucción en la batalla comprehensiva contra el terror.

En **Europa**, son firmes e irreversibles los pasos que se están dando en el fortalecimiento de la

legislación, la mejora de la cooperación judicial y la potenciación de los cruces de información para, en definitiva, robustecer los procedimientos de persecución y procesamiento y secar las fuentes de financiación de plataformas como Hamás o Hizbulá. El creciente proceso de radicalización de segmentos significativos de la diáspora musulmana está abriendo el paso a la conformación de células yihadistas autoconstituidas, autogestionadas y autosuficientes que se mueven por fenómenos de emulación, fascinación y contagio de al Qaeda Central.

Terroristas de todo signo siguen explotando las ventajas derivadas de la libertad de movimientos del espacio Schengen y de leyes de asilo extremadamente permisivas. En suelo comunitario convive la amenaza de grado medio de ETA con las residuales de facciones irredentas del IRA o el Frente Corso de Liberación Nacional; y tanto en la vertiente oriental como en el área central del continente están buscando refugio miembros de grupos tan dispares como el Partido de los Trabajadores del Kurdistán, los Tigres Tamiiles de Liberación Nacional o el Movimiento Islámico de Uzbekistán.

En el **Gran Oriente Medio y Asia Central,**



Irán y Siria tienen esencialmente una responsabilidad en un doble vector de violencia terrorista. De un lado, patrocinando por acción a los conglomerados que operan en el Líbano, Gaza y Cisjordania. De otro, tolerando por omisión la infiltración de células dispuestas a seguir atentando contra el proceso de reconstrucción y democratización que avanza en Iraq.

En la región del Golfo Pérsico, tanto Yemen como Arabia Saudí están insistiendo en el freno al yihadismo, tanto desde el punto de vista preventivo como reactivo, a través de programas de educación, rehabilitación y reforzamiento de clérigos y autoridades religiosas y sociales que difunden un mensaje de autoridad contra la pervisión de la yihad.

En el arco que conforman las ex repúblicas soviéticas y que se proyecta en un vasto radio hacia el Sur, sigue siendo amplio el margen de maniobra del que dispone la unión para la Yihad Islámica o Hizb ut Tahrir, movimientos operativos en Kirguizistán, Kazajistán, Tayikistán y Uzbekistán. Se trata de grupos que ven con simpatía la explotación por parte del movimiento talibán y del *al qaedismo* no solo de regiones concretas de Afganistán, sino de las Áreas Tribales Federalmente Administradas, Baluchistán o el sur del Punjab; todos aún campos fértiles no tanto para la instalación a cielo abierto de vastos entramados criminales, como para el tránsito nervioso de células y redes de pequeño tamaño, tanto de ataque como de reserva.

La identificación de centros de gravedad y áreas grises

De modo paralelo al avance en su misión de los estados comprometidos en la lucha global contra el terrorismo, tanto las organizaciones como los grupúsculos más o menos perseguidos y golpeados están trabajando para su asentamiento y la planificación de sus acciones en aquellos territorios con serios problemas de gobernabilidad; allí donde es posible desarrollar actividades de reclutamiento o entrenamiento.

Esta dinámica está propiciando, y lo hará con más intensidad en el futuro, el hecho de que Estados Unidos y sus aliados no solo se vean obligados a cerrar su territorio nacional para evitar la infiltración de criminales, sino a intervenir en zonas en las que: a) se acusa la ausencia del Estado

o la existencia de bolsas impermeables a la acción del poder estatal; b) tiene raigambre la presencia de tribus, redes delincuenciales y señores de la guerra con una historia previa de resistencia social y cultural al extranjero; c) hay carencia de infraestructuras públicas y de una sociedad civil mínimamente cohesionada; y d) son severas las deficiencias en el control de unas fronteras porosas a través de las que llega influencia exterior en forma de ideología, financiación o armas a vastos segmentos de la población.⁶

Ese escenario adverso de anarquía e inseguridad, en el que organizaciones terroristas tanto de tercera como de cuarta oleada sueñan con el disfrute de espacios más o menos francos, está hoy consolidado en la Triple Frontera entre Brasil, Paraguay y Argentina; en algunos puntos limítrofes de los Balcanes; o en la cordillera montañosa de Pamir, centralizada en Tayikistán pero colindante con Kirguizistán, Afganistán y Paquistán.

En otras zonas castigadas por la inestabilidad, el problema radica en que, aunque tenga múltiples orígenes y manifestaciones, la debilidad o el fracaso estatal suele ser causa de intensos conflictos armados o es consecuencia de los mismos. Es el caso de Chechenia, Sri Lanka, Liberia, Sudán o Somalia, donde los bandos implicados en la lucha (y también algunos de los estados desafiados por ellos) han tenido tratos o desarrollado alianzas con grupos terroristas.

Se están disparando, asimismo, los enclaves en los que se facilitan los puntos de interconexión entre narcotráfico y terrorismo; y se está larvando este fenómeno en países tan geográficamente distanciados como Argelia, Arabia Saudí, Colombia, Estados Unidos, India, Kenia, Mauritania, Turquía y Yemen. Estructuras tanto de inspiración yihadista como nacionalista o marxista están sufragando parte de sus acciones violentas con dinero procedente de la droga. En algunos casos se están implicando directamente en labores de producción, distribución y venta. Incluso cobra fuerza la presencia de milicias, guerrillas y grupos terroristas que han pasado de colaborar en el negocio de los estupefacientes a convertirlo en su actividad principal, como los FARC o el Movimiento Islámico de Uzbekistán.⁷

Es en esas zonas pantanosas de Asia y África fundamentalmente, cuyo conocimiento puede



Atentado en Bagdad



Zapatistas en México



Terrorismo en Paquistán

resultar extraño a los poderes occidentales, donde insurgentes y terroristas van a persistir en sus tentativas de sacar ventaja de determinados elementos de las sociedades abiertas que son percibidos como factores de vulnerabilidad; principalmente, los principios morales y las

convicciones políticas, la aversión a las bajas y la volubilidad de las audiencias públicas occidentales tanto en los comportamientos como en las actitudes que desarrollan respecto de determinadas operaciones militares en el exterior.

Es en estos teatros donde el uso inteligente de la fuerza va a resultar más operativo, en el medio y largo plazo, si se busca la victoria frente al enemigo más *por aislamiento* que *por aniquilación*. Resultará más eficaz desconectar a los insurgentes de su apoyo y alentar el desvanecimiento de su poder que buscar la eliminación física o incluso la detención, unidad a unidad, de los actores involucrados directamente en el ejercicio de la violencia. Tendrá tanta o más fuerza insistir en la descomposición y frustración anímica del enemigo, que incidir obsesivamente en su reducción numérica a través de la pelea abierta.

Ese proceso se está acometiendo, y así va a seguir siendo en el corto plazo, con el convencimiento de que tiene que plantear como fines inmediatos: 1) cortocircuitar los vínculos entre los insurgentes que operen a nivel local y determinados centros de coordinación internacional; 2) frenar los flujos de información, recursos humanos, activos económicos y tecnología entre teatros de operaciones insurgentes; y 3) evitar la proliferación de santuarios, por localizados que puedan estar y reducidos que puedan ser en términos geográficos, en los que combatientes de diversas nacionalidades intercambien conocimientos y potencien su experiencia a través de sinergias inter-grupales.

Estos nuevos frentes de creciente complejidad que se están abriendo en la larga guerra contra el terror están obligando a la actualización de las doctrinas de seguridad de los ejércitos implicados en librarla. Aquellas de tipo convencional que se habían diseñado a lo largo del siglo pasado, propias de un panorama de choques entre estados-nación, están siendo progresivamente sepultadas. Se están alumbrando las propicias y eficaces en un momento más de transformación que de revolución; de cambio cualitativo y sustantivo pero no de ruptura simple y directa, tanto en la organización de las Fuerzas Armadas para hacer el conflicto como en los medios para llevar a cabo luchas de naturaleza híbrida.

Un futuro de sinergias y deconstrucción

Debilitada cualitativa y cuantitativamente, y en un ineludible y polimorfo proceso de reinención, Al Qaeda sigue presentándose hoy como el actor que constituye la mayor amenaza en el mapamundi del terrorismo internacional. La organización ha operado como una fuerza centrífuga que ha facilitado la faccionalización, segmentación y atomización de núcleos preparados para el ejercicio de la violencia.

La matriz árabe-afgana se ha distinguido por su carácter misionero respecto a entramados de terceros no necesariamente inspirados por el Islam totalitario: ha conseguido influir en sus agendas haciéndolas contrarias a cualquier tipo de negociación o pacto político de coexistencia pacífica con gobiernos democráticamente elegidos; ha conseguido condicionar sus formas de vertebración, haciéndolas derivar hacia dibujos fuertemente reticulares. Y se ha basculado morfológicamente hacia este tipo de estructuras en la medida en que son las que fomentan las líneas de comunicación no institucionalizadas, informales, intermitentes y transnacionales; en la medida en que propician e instigan la creatividad y el impulso autónomo de cada célula.

El elevado grado de fraccionamiento de las principales organizaciones terroristas hoy activas (en Occidente o en el mundo musulmán, en el Norte o en el Sur, en zonas rurales o urbanas, camufladas entre la población o en territorios francos) está generando una respuesta armada más selectiva, estudiada y exigente. Está conduciendo inevitablemente al recurso de los ejércitos concentrado en la eliminación, la desactivación o el aislamiento de aquellos operativos que mayor potencial acumulan para garantizar el cumplimiento de las funciones de reclutamiento, coordinación y comunicación interna dentro de cada uno de los subsistemas terroristas.

En este sentido, la acción de las Fuerzas Armadas, en cualesquiera que sean los subcontinentes, regiones y áreas en las que operan, está pasando, y así deberá seguir siendo, por atacar aquellas unidades cuya supresión del sistema: 1) altera significativamente el funcionamiento de la red; 2) reduce el número de funciones que es capaz de desarrollar; 3) hace al entramado más

difícilmente adaptable a su entorno; 4) rebaja su capacidad de maniobra; y 5) dificulta los flujos de información entre unidades y la calidad de los datos transferidos entre unos y otros elementos.

Ese futuro se deberá emprender, en todo caso, con la conciencia clara de que tanto el terrorismo como el contraterrorismo actúan como variables dependientes: la misma respuesta a distintos grupos puede generar y genera en la práctica diferentes resultados. Se deberá encarar reexaminando de forma ininterrumpida las bases sobre las que cada una de las organizaciones se constituye y actúa. Y un primer impulso pasará necesariamente por dejar de describirlas a la imagen y semejanza de las organizaciones, misiones, capacidades y preferencias de los organismos de seguridad y defensa de los estados democráticos de derecho.⁸

En los tiempos que corren, y en los que vienen, no solo bastará a los estados que deban encarar la amenaza terrorista con admitir que la disuasión, la coerción, la contención, la persuasión o la cooptación han dejado de ser instrumentos eficaces e infalibles sobre los que se asienta la seguridad occidental. Será necesaria la toma de una iniciativa clara basada en convicciones morales sólidas, legislaciones fuertes, voluntades políticas inquebrantables y ejércitos capaces que estén en condiciones de hacer retroceder hasta la derrota a quienes buscan la demolición de los derechos y las libertades más fundamentales. **MR**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. RUPÉREZ, Javier. "La ONU en la lucha contra el terrorismo: cinco años después del 11S". *Análisis del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos*, 20 de julio de 2006.
2. FELDMAN, Noah. "Choices of Law, Choices of War" en *Harvard Journal of Law & Public Policy*, vol. 25, nº 2, primavera de 2002; ELSEA, Jennifer: "Terrorism and the Law of War: Trying Terrorists as War Criminals before Military Commissions" en *Congressional Research Service Report*, 11 de diciembre de 2001.
3. SÁNCHEZ HERRÁEZ, Pedro. "Guerras de Cuarta Generación y las Redes" en *Revista Ejército*, nº 812, noviembre de 2008, p. 10.
4. DEPARTMENT OF DEFENSE: *Dictionary of Military and Associated Terms*. Washington, 2009.
5. HEYMANN, Philip: *Terrorism and America: A Commonsense Strategy for a Democratic Society*. Cambridge. MIT Press, 1998, pp. 7-8.
6. FIGHEL, Jonathan. "Counterinsurgency in the Palestinian Territories and Iraq" en *Actas del Seminario Especializado Contrainsurgencia y radicalismo en un mundo global*, 3 de octubre de 2007, p. 7.
7. DE LA CORTE, Luis y GIMÉNEZ-SALINAS, Andrea. *Crimen.org: evolución y claves de la delincuencia organizada*. Barcelona. Ariel, 2010, pp. 326-338.
8. JENKINS, Brian. *Countering Al Qaida: An Appreciation of the Situation and Suggestions for Strategy*. Santa Monica. RAND Corporation, pp. 16-23.